

Antes y después del Hubble



Fotografía: CONACULTA

Eraclio Zepeda

In memoriam

Jorge Ruiz Dueñas

ES FRECUENTE HABLAR DE HOMBRES de acción y hombres de pensamiento. Por algún motivo, esta clasificación es un lugar común en México y nunca está ausente cuando se habla de José Vasconcelos. Sin embargo, poco se dice de casos ajenos, para bien o para mal (como afirmaban los clásicos del siglo pasado que llegó a nuestras vidas cargado de innovación y utopías fracasadas), así se trate de las actividades políticas de Ernesto Cardenal y Sergio Ramírez, de la fallida campaña política de Mario Vargas Llosa o de José Sarduy, sólo por mencionar algunos. Empero, menos aún he oído, si acaso ha sucedido, traer a cuento a Henri-Louis Bergson, escritor y filósofo francés, por aquello de: “Hay que pensar como hombre de acción y actuar como hombre pensador”. Tal era la consigna del Premio Nobel de literatura correspondiente a 1941, pero igualmente afirmaba que: “El hombre *sapiens*, la única criatura dotada de razón, es también el único ser que aferra su existencia a cosas irracionales”. Y aquí uno debería preguntarse si el amor, la amistad y el apego a la tierra, es decir al mundo y a la vida, son inclinaciones racionales o es el reflejo de nuestra aspiración a permanecer como dicen los físicos de la eternidad, a perdurar como proporción infinitesimal del polvo de las estrellas que provenimos.

Sin embargo, nadie puede dudar que Eraclio Zepeda pensó en las consecuencias de sus acciones y actuó como pensador. Cuando se tiene una perspectiva de vida con la experiencia como trasfondo, las ideas y la actuación personal se corresponden con una íntima convicción de lo que se considera correcto. Sólo si se desea oír el corifeo y las alabanzas orientados por esa entelequia llamada posteridad, puede dudarse al expresar nuestra razón por satisfacer a las galerías. Se requiere valor, como lo tuvo Laco, para no disfrazar el pensamiento propio y rechazar el juicio sesgado y el prejuicio, aunque esto sea lo que resulte más cómodo y redituable. No hay dictadura del pensamiento que no haya pasado por ese trance. Cuando Eraclio Zepeda escribió la primera línea de *Benzulul*: “Mientras avanzaba por la vereda, una parte de su cuerpo se iba quedando en las marcas de sus huellas”, quizá su juventud no le permitía siquiera imaginar que estaba escribiendo la impronta de su propio destino. Tengo la convicción de que Laco, con su formación académica múltiple a la que pocas veces nos referimos, venció la tendencia de dejarse arrastrar por la confusión de las opiniones difusas como estructura común temerosa del aislamiento o al servicio de la pereza intelectual. Él sabía que la unanimidad no hace la pluralidad de criterio ni la democracia verdadera.

No recuerdo con precisión cuándo coincidí con Laco por primera vez. Mas sí vienen a mi memoria las circunstancias. Nos reuníamos, según la antigua usanza, en torno de una mesa redonda a falta de una mesa de cantina, donde se nos pedía discutir nuestros puntos de vista sobre la cultura para después no incorporarlos en las llamadas consultas populares. Debo decir a favor de estas reuniones que no eran sectarias, seguramente siguiendo los preceptos de Nicolás Maquiavelo para dejar salir la presión de los contrarios. Creo haberme centrado entonces en la idea —aún sostenida— de que la tradición es dinámica, precisamente para sobrevivir en los aluviones de la historia, y al contrario de la concepción anquilosada. Entre los contertulios —algunos de ellos amigos y singulares poetas, pero irremisiblemente negados a la polémica— mis ideas sonaron como anatema ideológico. Me sorprendían los comentarios. Pero después de tres cursos con el maestro Botas, estaba preparado para escuchar cualquier expresión de falsa conciencia. Sin embargo, me sorprendió que Eraclio, a quien veía y oía por primera vez, con su voz de hombre de aula y de armas, tomó mis argumentos y explicó con paciencia de sabio oriental las mismas ideas despejando la bruma de las interpretaciones absurdas. Después, como una legión, a lo largo de mi existencia disfruté de su charla y narraciones orales, sin saber, como en el caso de García Márquez, cuándo se iniciaba la realidad y cuándo se construía una verdad detrás de la verdad, que lo es, porque resguarda la verdad literaria. A Laco lo recuerdo como líder, voluntario de la defensa de un pueblo en vilo, explorador de sociedades, político, maestro, poeta, cuentero, cuentista, narrador, dramaturgo, orador, ameno conversador, actor pero, sobre todo, siempre un amigo leal, amable, respetuoso, dispuesto a apoyar y a no hacerle a nadie en desgracia más amarga la derrota.

Entendí también que cuando me hablaba no sólo me decía historias posibles donde se sostenía la microhistoria de Mesoamérica, esa forma de ver cómo se conducen a diario las clases sociales, y de lo que ahora los historiadores de *Quaderni Storici*, como Carlo Ginzburg, han hecho su reino. Me decía en realidad breves

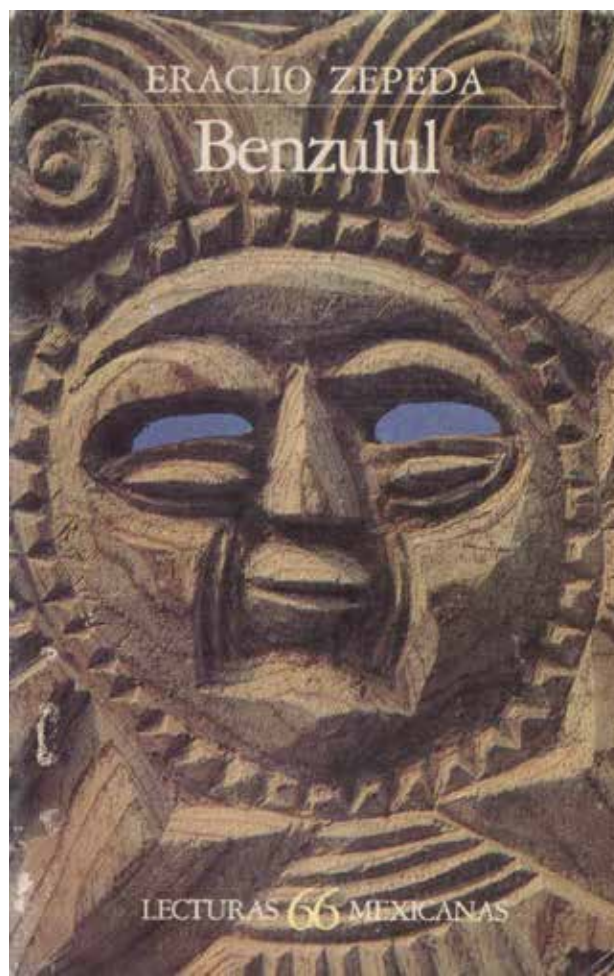
parábolas para ayudarme a entender la existencia y orientarme sin el magisterio canónico de los prebostes culturales, sino a manera de ejercicios del pensamiento que entre las charlas dejaban el limo de una lección de vida.

Dos amigos y maestros que partieron antes no podían decir su nombre sin acompañarlo de una sonrisa de simpatía: Álvaro Mutis y Gabriel García Márquez. Gabo, quien también experimentó con vehemencia el fuego de la filmación, y el Gaviero, en alguna época voz insustituible en los hogares de habla española con sus narraciones televisivas y radiofónicas. Ambos recordaban las convincentes interpretaciones de Francisco Villa en *Reed, México insurgente* de Paul Leduc y en *Campanas rojas* de Serguei Bondarchuc. Admiraban la metamorfosis de un mesoamericano encarnado en el Centauro del Norte. Pero gustaban también de poseer esa misma textura literaria que les hermanaba para llegar a la universalidad amando profundamente lo propio, aquello escondido en los recuerdos como jaguares al acecho.

Sin pretender repetir lo bien dicho por otros en diversos medios, no puedo dejar de hurgar en el jardín de la memoria —para usar la metáfora de Orhan Pamuk que siempre deambula en el Estambul de su corazón— el ejercicio literario que hizo de Eraclio Zepeda un escritor de inagotables recursos. Él jugó la partida a la manera del bahiano Jorge Amado, nacido igualmente en la raigambre de su pueblo, comunista, diputado, que, como nuestro Laco, describe la sangre, la discriminación, el abuso, y sobre todo la naturaleza humana. La narrativa de Eraclio Zepeda acompañado o impostado en Ezequiel Urbina nos ha dado otra versión de la formación nacional y de un entrañable territorio del país que pudo no ser, porque esta forma de permanecer es la apropiación de la palabra por el pueblo mismo, hacedor y lector de su propio destino. En la gesta de una familia tan incandescente como los Buendía de Aracataca, va la narrativa chiapaneca de Eraclio fluyendo a la manera de los ríos tumultuosos y bermejos al recorrer estos espacios poblados por seres reales y por seres etéreos. La saga de los indígenas y de los mestizos, de los criollos y los invasores, con los

elementos eternos, abren heridas por donde el combatiente al pasar el tiempo hace de la oralidad el legado testimonial y surrealista, tanto como la propia realidad que supera frecuentemente en vértigo y violencia.

Por Laco conocí la bondadosa sabiduría de Juan de la Cabada arracimados en la mesa de un sitio que se ostentaba como espacio de la vieja Inquisición siglos antes de vender comida y trago, y supe que entre la textura humana y la literaria apenas hay una tela de cebolla que transparenta la naturaleza de lo que en verdad somos. Antes supe de sus andanzas en un día de fiesta nacional donde se prendó de una bella joven que a la postre sería una poeta importante de equilibrado verbo, pero que entonces le hizo a él perder el centro de gravedad y emigrar donde los grillos cantan en jaulas tal y como nosotros nos apoderamos del canto de los canarios. Esa misma señora, la poeta Elva Macías, estudiosa de la literatura rusa, a quien escribir con tanta donosura y talento no le ha impedido ofrecernos cenas medievales con jabalíes y otros manjares, quizá para recordarnos de manera áulica que somos unos juglares en la fiesta del mundo. Probablemente Laco me indujo a fabular con la historia para no dejar rastros de ella hasta hacerla metáfora de la existencia, y yo sólo le pude retribuir con un relato que entonces creí misterioso y ahora repite su dedicatoria en francés y en árabe del que sólo puedo traducir la palabra “a”, pues, nuestros nombres como nuestra esencia son intraducibles. Recuerdo al laureado amigo cuando ese libro echó a andar, generoso, en el kiosco morisco de Santa María —por intervención solidaria de Alejandro Sandoval— con Álvaro Mutis, Edmundo Valadés y Bernardo Ruiz prodigando inmerecidos adjetivos para cumplir la máxima de Rubén Bonifaz Nuño de nunca dejar de loar a los amigos. Lo recuerdo en aeropuertos, donde coincidimos con personajes de otros mundos maravillosos como Andrés Henestrosa quien —repetiendo a Borges al mencionar sus impresiones sobre su encuentro con Juan José Arreola— nos permitía intercalar algunos monosílabos en medio de sus coloridas bromas. Vienen a mi memoria los llamados amistosos de muchos fines de semana, pletóricos de



noticias y de cordialidad, preocupado siempre por nosotros con más caridad que un dominico discípulo de Fray Bartolomé de las Casas, antes de despedirse y decir siempre, “hermanito, mucho cariño para ti”: esa forma tan suya de expresar el afecto, ausente ahora entre las cóleras de nuestra desgracia nacional. Podría narrar sus intentos en la Cámara de Diputados para que oyesen mis reservas respecto de la original Ley Federal de las Entidades Paraestatales; nuestros viajes coincidentes en busca de un sitio decoroso para comer hasta llegar sanos pero hambrientos en Tijuana a un lugar de carnes y tortillas que avivaron nuestras lenguas como odaliscas de *Las mil y una noches*. Recordar, quizá, algunos de sus vitales discursos en los que tirios y troyanos hubieron de rendirse a la precisión y elocuencia, pero, sobre todo, al sentido de sus conceptos. Podría evocar, como él lo supo, la devoción por su narrativa de una lectora excepcional, pues, donde ponía el ojo sabía el destino del que escribía y anticipó como gitana literaria la ventura de más de un Nobel, que pidió escuchar por última vez las tres páginas finales en su segunda lectura de *Las*

grandes lluvias... Podría también hablar de *Asela* uno de los poemas amorosos más bellos de la lengua española y repetir una y otra vez: “Eres la mar profunda habitada de sorpresas: hay peces extraños en tu vientre, sueños de marino en la baranda, viejos navíos sepultados en el fondo.” Pero todo eso sería hacer otra relación de muchos hechos colectivos de los cuales todos tenemos nuestra propia versión.

Mi único viaje a Cuba lo hice al presidir una delegación de funcionarios a pesar de ser sólo un académico. Llevaba para mis propósitos personales una carta de García Márquez dirigida a Norberto Fuentes, pero también, algunos contactos amistosos y consejos prácticos de Laco. Lo primero se convirtió en una carga, porque algunos altos burócratas mexicanos consideraron que no podía hablar libremente de mis dudas institucionales y se sintieron ofendidos en su médula partidaria. Yo salí del apuro en tierra ajena cerrando la sesión y el encuentro binacional con un poema de Martí. Lo segundo me ganó que una llamada de Jorge Valdés Díaz-Vélez, a la sazón agregado cultural, diera luz sobre mi carta y relación con el Gabo e inquietara sobremanera a mis anfitriones quienes dado su estupor descargaron contra mi chofer su enojo, porque un día decidí sin alertarlo retornar a pie a la casa de visitas para disfrutar de las calles arboladas de Marianao. Me hice amigo telefónico de la madre de Norberto, porque, aunque no estaba aún en su segunda desgracia, jamás acabó de llegar a la Habana. Por supuesto, la carta la conservo. Pero lo único verdaderamente útil fue lo que me proporcionó Laco: una forma correcta de relacionarme con mi bedel, ex combatiente de Angola, quien pudo rescatarme de la casa de visitas y ubicarme en el Hotel Habana Libre con argucias para escaparnos a visitar mis intereses, la pintura de Portocarrero, y a los amigos cubanos de nuestro ex miliciano mexicano a quienes habría de entregar sus múltiples obsequios y saludos. Con ellos, superados los recelos mutuos, el ex combatiente pudo intercambiar impresiones sobre su situación en un bar de Cojímar cuando me llevaron a conocer la casa de Hemingway, y a tomar ron en el mismo sitio que él lo hiciera. Las advertencias se volvían

reglas para despejar las dudas. Este fue el regalo oculto de Laco y la preparación discreta para entender un día *El hombre que amaba los perros* de Leonardo Padura. Por supuesto, la sabiduría popular y el Matusalem añejo me invadieron con una alegría elegiaca y ante mi admiración por los flamboyanes en explosión de un amarillo indescriptible, ellos me recordaron con sabiduría popular que ese era el símbolo del matrimonio, porque primero otorga flores y después, puras vainas. Siempre sospeché que ese cuento se los vendió nuestro Laco.

Como ha escrito el poeta mayúsculo de Chiapas, Jaime Sabines, que todo lo vio y todo lo oyó desde el Génesis hasta el Apocalipsis: Yo no lo sé de cierto... pero mis encuentros con Eraclio Zepeda —hombre y nombre dignos de un corrido— concluyeron apenas unos meses atrás, allá, en su tierra, donde la existencia aún se anima con la paleta de la naturaleza indigente y rica a la vez, y no los puedo ni quiero olvidar. En aquella última reunión, todo sucedió como ruega el personaje del *Libro negro*, sea verdadero o imaginario, pues finalmente eso se hace vida y por ello lo celebramos.

Sí, para mi fortuna he visto rodeada mi vida de chiapanecos. Casi al final de la ruta de Eraclio Zepeda, tuve el gozo de estar con él, con la querida Elva y, como decía el mismo Laco, con la “chiapanecada” que los acompañaba. Me apenaba entonces sólo la finitud. La certidumbre de que ese momento se extinguiría, pero me reanimaba pensar que estaremos todos reunidos en la memoria de otros y entonces, como en nuestra juventud, seremos nuevamente eternos.

Siempre me sentiré honrado de haber participado en el homenaje de un hombre entrañable y excepcional narrador que pudo decir como Sebastián Pérez Tul, lo mismo que su personaje afirmó:

Quien dice verdá tiene la boca fresca como si masticara hojitas de hierbabuena, y tiene los dientes limpios, blancos, porque no hay lodo en su corazón (...).

Quien no recuerda vive en el fondo de un pozo y sus acciones pasadas se ponen agrias porque no sienten al viento ni al sol. Los que olvidan no pueden reír y el llanto vive en sus ojos porque no pueden recordar la luz (...). 